



CASTILLO

SECUNDARIA

Adán Carro Pérez | Rubén Heredia Vázquez

Música



ISBN 970200792-5



www.edicionescastillo.com
info@edicionescastillo.com
Lada sin costo: 01-800-536-1777

Música 1

Textos de divulgación incluidos:



El aprendizaje continuo de la música
Ana Lara, compositora



La vocación del artista: ser feliz
Horacio Franco, flautista de pico



Jazz: la libertad total
Alejandro Pérez-Sáez, jazzista



La cura de todos los males
Enrique Diemecke, director orquestal

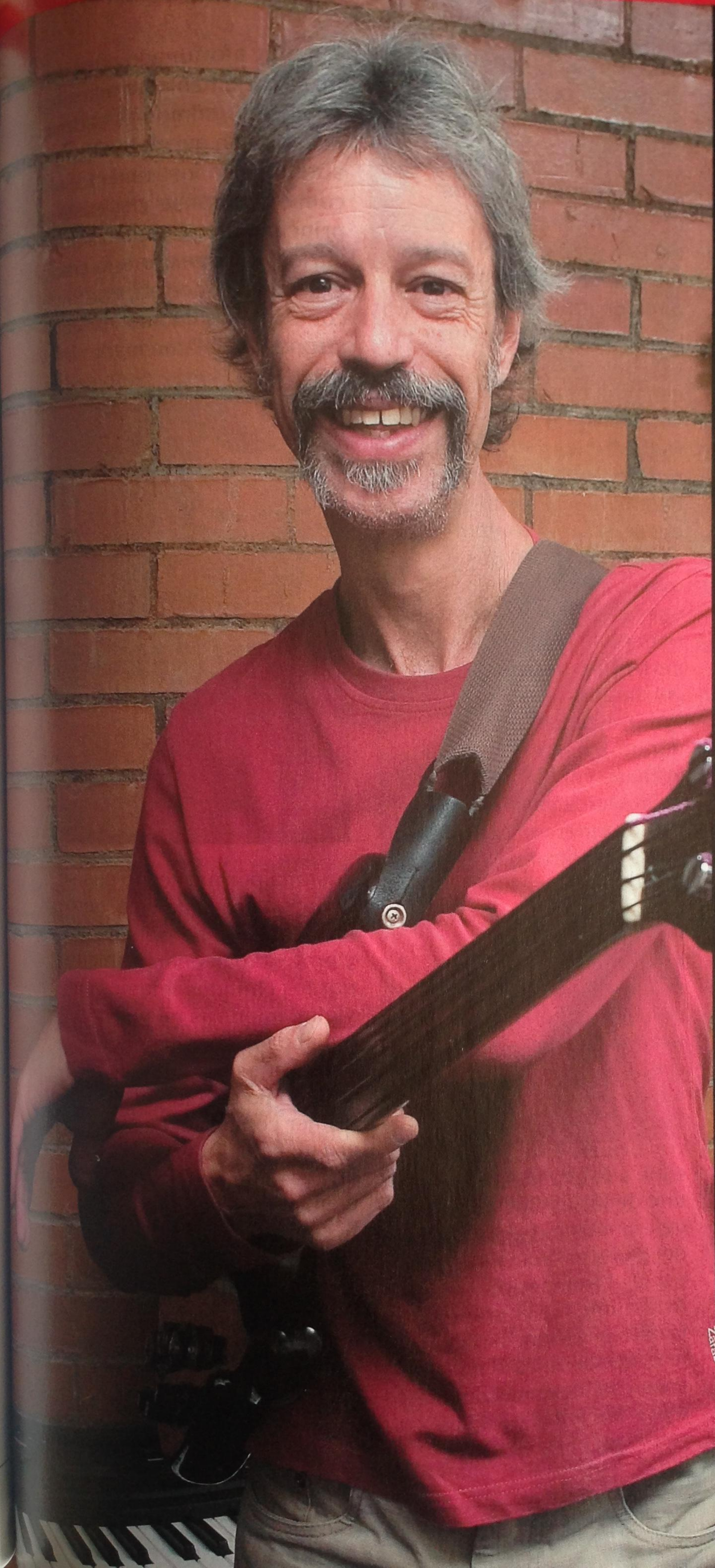


La música en todas partes
Juan Arturo Brennan, crítico musical

Jazz: la libertad total

POR
ALEJANDRO PÉREZ-SÁEZ,
JAZZISTA

“El jazz es una música cambiante e impredecible que responde a las emociones de los músicos en el momento mismo de tocar.”



Comencé a tocar música en la infancia y después de recorrer muchos caminos diferentes un día decidí ser músico de jazz. Recuerdo que en mi casa se oía música todo el tiempo. Mi padre admiraba a Beethoven por encima de todos los músicos: ponía a todo volumen sus sinfonías y me contaba que, a pesar de su sordera, podía componer porque oía la música por dentro. Yo miraba confundido el retrato de Beethoven sin entender cómo alguien podía oír la música por dentro –menos siendo sordo. La verdad es que la música de orquesta sinfónica me gustaba mucho y con el tiempo me di cuenta de que podía repetirla en mi cabeza, e incluso cantarla completa como una canción



cualquiera. Así completé mi primera lección musical: oír la música por dentro.

El contacto con la música era constante. Mis dos hermanas mayores escuchaban todo el día la música de moda en esos años de 1960: soul (Ray Charles), twist, rocanrol (Elvis Presley), rock en español, chachachá y lo que sonara en las estaciones de radio. En las frecuentes reuniones familiares bailábamos y cantábamos desde boleros románticos, canciones rancheras y mambo, hasta música de ópera. Entre los discos que teníamos había uno en particular que me encantaba, un acetato de 33 rpm (revoluciones por minuto), negro y grande, grabado con la novedad tecnológica más reciente: el sonido estéreo. Su título era Louis Armstrong y los Duques de Dixieland, y en la portada sonreían los músicos con sus instrumentos. Disfrutaba siguiendo las rápidas y difíciles melodías de la trompeta y el ritmo contagioso de la batería, que me recordaba al rocanrol. Ese fue mi primer contacto con el jazz. Años después supe que el dixieland fue uno de los estilos iniciales de esa música negra nacida del blues en Nueva Orleans y que el trompetista Louis Armstrong fue el primer jazzista en alcanzar la fama internacional. Para mi sorpresa, descubrí también que el rocanrol tuvo sus raíces en el jazz.

Fui muy afortunado pues en mi escuela había un maestro de violín y, como mis padres insistían en que debía aprender un instrumento, comencé a tomar clases. Al principio estudiaba más por curiosidad que por otra cosa, y mi sonido, decían, era como el maullido de un “gato atropellado”. A mi madre le

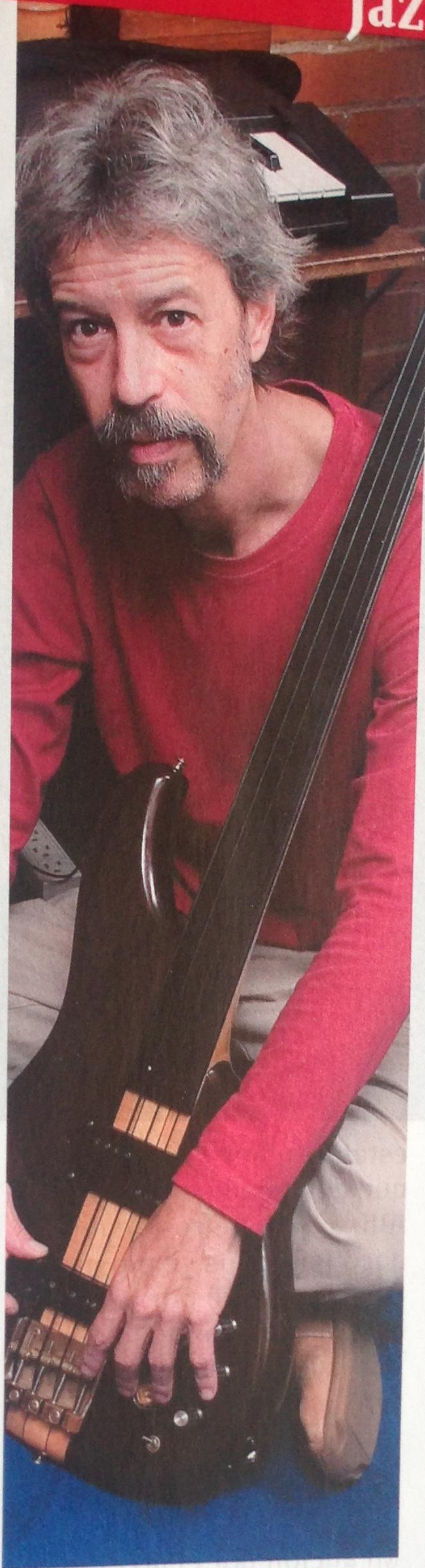


gustaba porque según ella se llenaba la casa de vida, pero los demás no pensaban igual y protestaban enérgicamente por los chillidos infames del violín, mientras mi perro aullaba sin consuelo. A los nueve años, en una ceremonia escolar, ofrecí mi primer concierto. La pieza era un sencillo vals de Strauss que no toqué muy bien, pero sí completo. Recuerdo que al bajar del escenario dije: “Esto es lo que quiero hacer”, iniciando así un largo camino en la música.

Acontecimientos aparentemente insignificantes de mi niñez cobraron gran importancia

con el tiempo. Cerca de mi casa había una fonda con una sinfonola que todo el día tocaba canciones rancheras y cumbias, pero a la distancia lo único que podía distinguirse era el sonido del bajo. Yo pasaba las tardes tarareando y botando una pelota al ritmo del bajo sin saber que veinte años más tarde me dedicaría a tocar ese maravilloso instrumento de sonidos graves y profundos.

Cuando entré a la secundaria, a mediados de los sesenta, aparecieron en mi vida los Beatles y los Rolling Stones. El rock era la nueva música de moda y yo me convertí en su seguidor incondicional. (A diferencia del rocanrol, el rock se ha caracterizado, entre otras cosas, por ser menos bailable y tener letras más sustanciales.) Para entonces mi interés por la música se volvió casi obsesivo y quise probar nuevos instrumentos. Cambié el violín por la viola, comencé a tocar en orquestas juveniles y entendí que Mozart y Bach serían mis compañeros para toda la vida. Pero ese era mi mundo de la música clásica. Por otra parte, cautivado por el rock, empecé a tocar la guitarra y me contorsionaba como gusano imitando a Jimmy Hendrix sin reparar en las burlas de los demás. Finalmente, a fuerza de pasar días y meses enteros con la guitarra, aprendí a tocar lo suficiente como para formar un grupo de rock. Tocábamos horrible,



pero muy fuerte, y eso era lo que más nos importaba. La mayoría de los adultos rechazaba el rock y no entendía esa música eléctrica y estridente, pero lo mismo había pasado en épocas anteriores con otros tipos de música como el tango, el swing, el mambo y el rocanrol. Parece mentira, pero música que ahora nos

parece tan normal e inofensiva, armó tremendo escándalo en su tiempo.

En la década de 1970 las modas se sucedían rápidamente y yo las seguía muy de cerca. El rock se transformaba con grandes bandas como Blood, Sweat & Tears, Chicago y Santana; entre esos músicos había jazzistas integrados al movimiento del rock, quizá porque el jazz no daba suficiente dinero para vivir. Apareció también la "música de protesta" con su mensaje de justicia e igualdad social, desencadenando todo un movimiento de música latinoamericana; por aquel entonces comenzó mi afición por la música folclórica de todo el mundo. Aparte de los consabidos géneros comerciales que nunca fueron de mi agrado, cobró auge la música de salsa y me volví asiduo a los salones de baile en los que pude oír y bailar con las mejores orquestas del momento. Entre tanta música nueva, el jazz reapareció en mi vida.

En esos años, había en la Ciudad de México un café con música de jazz en vivo. El grupo que llenaba el lugar se llamaba Sacbé y tocaba un jazz de fusión, con elementos de rock y otros lenguajes musicales modernos. Durante más de un año asistí con frecuencia a esas maravillosas sesiones musicales que me mostraron al jazz como una música cambiante e impredecible que responde a la emoción de los músicos en el momento mismo de



tocar. El secreto era la improvisación individual y colectiva. Por mucho que se repitieran, las piezas siempre parecían nuevas y en ellas ocurrían cosas completamente distintas, como una conversación en la que un instrumento lleva la voz principal y los otros responden, comentan y apoyan lo que dice.

Cuando terminé la escuela decidí estudiar la carrera de música. Comenzaron así los largos años de maestros, orquestas, coros y conciertos de música clásica, pero nunca abandoné la música popular. En ese tiempo, un afortunado viaje a la ciudad de San Francisco me puso frente a un bajista que

estaba en boca de todos los que gustábamos del jazz. Allí, a diez metros de mí, Jaco Pastorius se movía como un reptil por todo el escenario tocando líneas de jazz que combinaban rock, funk, soul y todo lo imaginable: la revolución total del bajo eléctrico en el jazz moderno.

Mi afición por el jazz iba en aumento. Compré muchos discos buenos y malos, aprendí a reconocer los diferentes estilos de la historia del jazz y admiré a los grandes jazzistas de todos los tiempos: Duke Ellington, por ejemplo, y las grandes bandas de swing de los años 1930, con su frenético baile de pareja que años después se reflejó en el

rocanrol; el mítico saxofonista Charlie Parker y el bebop de la década de 1940, cuando el jazz dejó de ser bailable y se convirtió en música para escuchar; Miles Davis, trompetista revolucionario que cada diez años aparecía con un estilo nuevo como el cool jazz, el jazz eléctrico o el jazz funk; el saxofonista John Coltrane y el pianista Bill Evans con el jazz moderno de los años 1960; o los excéntricos Cecil Taylor y Ornette Coleman, precursores del free jazz, un estilo de vanguardia que rompió con todo lo anterior para ingresar al terreno de la libertad total.

Ocurrió así que un día desperté con la convicción de tocar el bajo eléctrico; a

las pocas horas un amigo llamó para decirme que vendía uno. Es difícil ignorar ese tipo de coincidencias, de modo que al día siguiente adquirí ese viejo bajo eléctrico que sonaba tan bien; junto a las clavijas, con letras doradas, aparecía otra vez la marca de mi destino: Fender Jazz Bass. Como siempre se me facilitaron los instrumentos de cuerda, aprendí lo básico y al poco tiempo pude tocar como invitado en algunos grupos de música popular.



Dediqué mucho tiempo a estudiar las piezas características del jazz, que entre jazzistas llamamos *standards* o estándares en español. A diferencia de las partituras de música clásica en las que por lo general están escritas todas las notas que se deben tocar, las partituras de los estándares de jazz son simples guiones con las melodías y los acordes de acompañamiento, dejando a los músicos libertad total para la interpretación. Además de descubrir la importancia del bajo como soporte de la música, entendí que para tocar jazz es necesario tener conocimientos profundos del lenguaje musical y dominio de la técnica instrumental.

En ese tiempo de búsqueda, un nuevo descubrimiento cambió por completo mi idea del jazz: el músico

brasileño

Egberto Gsimonti. Quedé deslumbrado ante una música que sonaba a jazz y era muy brasileña a la vez. Me agradó que el jazz pudiera ser un lenguaje musical flexible y adaptable a la música de otras culturas. Si en sus inicios la palabra jazz se refería a un estilo musical muy concreto, en la actualidad significa también una actitud, una manera de tocar y expresarse musicalmente.

Todo esto contribuyó a mi decisión de optar por el jazz como profesión y el bajo eléctrico como instrumento. En 1983 conocí a otros músicos con los que compartía los mismos intereses y decidimos formar un cuarteto de jazz al que llamamos Astillero, nombre que recibe el lugar donde se construyen barcos. Nuestros barcos eran obras

musicales, piezas con el lenguaje flexible del jazz, pero a la vez con elementos de música mexicana: buscábamos una expresión musical moderna de nuestra propia cultura. Con grandes esfuerzos empezaron los conciertos, los viajes por todo México y las giras internacionales. Así hemos desfilado por teatros, auditorios, bares, escuelas, plazas, parques y festivales de todo el mundo tocando nuestra propia música, un verdadero privilegio que hasta la fecha sigue dando buenos frutos.

Para los músicos el jazz es libertad para improvisar e inventar cosas nuevas a cada instante; libertad para tocar lo que uno siente en el momento. Para quien lo escucha es adentrarse en el mundo cambiante de una música espontánea, directa y llena de sorpresas. ■